

Ética profesional

Dra. Paulina Rivero Weber

Que una asociación que agrupa facultades y escuelas de contaduría y administración, como la ANFECA, decida incluir en su simposio una plática sobre ética, indica que se trata de un gremio preocupado por cuestiones relativas a la justicia. Y no es de extrañar: cuenta una historia que a este mismo gremio perteneció aquel brillante árabe llamado Abdul Al uja Al – jbra, quien según esa leyenda, en su obsesiva búsqueda por el equilibrio y la justicia numérica inventó la ciencia que hoy lleva su nombre; el álgebra. Y en otras latitudes abismalmente diferentes, fue también un contador preocupado por la justicia quien con sus reflexiones dio origen a una de las más importantes filosofías orientales: el confucionismo. Confucio, contador y administrador de un estado llamado Lu, en la actual Shang – Tung, creó una filosofía ética que hasta la fecha ha servido para armonizar la vida interior y el trabajo cotidiano. Pero de entonces a nuestros días ¿qué es lo que lleva a los contadores a preocuparse por la ética? Seguramente que los filósofos pitagóricos responderían que es el contacto con los números lo que les da la intuición de la armonía universal. Y de la armonía numérica y la armonía del mundo, se sigue inevitablemente la reflexión sobre la justicia. Y sobre ese tema disertaremos: la relación entre la justicia ética y la labor del contador o administrador.

A lo largo de mi vida como académica, he comprobado que la Ética como área de estudio, es un ámbito completamente *sui generis*. En efecto, académicamente no podemos decir que exista algo así como un “experto en ética”, sino más bien existen expertos en *teoría ética*. Asimismo, un persona completamente ignorante e iletrada puede ser, sin siquiera saberlo, un experto en ética. Y lo mismo aplica a la ética profesional: ésta se refiere a la ética que debería guardar todo profesionista, independientemente de cuál sea su profesión. Y sin embargo, hasta un profesional de la

ética, esto es, una persona cuya profesión consiste en hacer teoría ética, puede llegar a faltar por completo a la más mínima ética profesional. Ya lo decía Schopenhauer: la teoría propia y digna de los filósofos, mientras que la puesta en práctica de los preceptos éticos, es más bien propia de los hombres santos. Y sin embargo, esa opinión contrasta con la de Aristóteles, quien a mi modo de ver puede ofrecer una concepción de la ética mucho más propicia para aquella que se ejerce en el ámbito profesional. Para Aristóteles el saber ético no tenía como finalidad la acumulación erudita de datos, sino la misma praxis, la puesta en práctica de esa saber. Pero lo que estas múltiples opiniones nos dejan ver, es que en el ámbito de la ética, el saber no basta: hay una serie de aspectos que es necesario tomar en cuenta, más allá del mero saber.

Y quizá para allanar nuestro camino, debemos comenzar por referirnos a la diferencia entre ética y moral. Porque la diferencia entre un concepto y otro implica mucho más que un mero prurito académico por el uso específico del lenguaje. En la diferencia entre la moral y la ética se juega toda una concepción del bien y del mal y toda una forma tanto de habitar en el mundo y de valorar las capacidades más propiamente humanas, tales como el pensamiento crítico y la libertad.

Partamos de algo que compartimos todos: el lenguaje cotidiano. En nuestro uso del mismo solemos decir, de manera incorrecta, que cierta persona "no tiene ética", queriendo decir que es inmoral. Nos referimos igualmente a ciertos actos como "actos éticos" queriendo decir que son "moralmente buenos". Calificamos, en resumen, un acto o una persona indistintamente como "ético" o como "moral", o bien como "no ético" o "inmoral". Lo anterior es válido para el lenguaje cotidiano, porque de acuerdo a cada contexto nos entendemos unos a otros. El problema comienza cuando transportamos esa misma laxitud al lenguaje específicamente académico, ya sea éste científico o filosófico. Surgen entonces concepciones y hasta libros sobre moral, que ostentan abiertamente el título de "Ética".

En estas cuestiones –como en todas- es recomendable acudir a quienes saben del tema. Porque todos tenemos derecho a opinar, pero una cosa es una opinión, y otra es un conocimiento bien fundamentado¹. Los filósofos que han dedicado sus vidas a pensar y escribir sobre estas cuestiones, han llevado a cabo una diferenciación radical entre ética y moral. Para ayudarnos en nuestra búsqueda, lo mejor será acudir a la etimología de las palabras. Pero no para guiarnos por medio de una lengua "muerta", sino precisamente para buscar lo "vivo" de nuestras palabras en sus orígenes; lo que aún perdura de ellas en nuestro lenguaje y, por lo mismo, en nosotros. Las palabras clave son "ética" y "moral", procedentes del griego la primera, y del latín la segunda.

Comencemos por esta última, que ofrece menos complicaciones: moral significa costumbre; su uso en latín siempre indica las costumbres de una sociedad. La moral, pues, consiste en un conjunto de costumbres que han sido elevadas a nivel de normas, y que se proponen como el marco regulativo para una sociedad. En ese sentido una moral pide “seguidores”, requiere individuos que la sigan sin cuestionarla, y tiene, por lo mismo, un cierto carácter gregario. De hecho no existe una cosa así como “la” moral; existen diferentes morales, pues ésta varía a través del tiempo y del espacio. Por ejemplo: en la Grecia clásica, un hombre maduro que sólo tuviera esposa, levantaba sospechas: “Algo tendrá, ya que no tiene también un hombre amante... ¡Qué cosa más rara!” dirían los griegos de entonces. Hoy en día no pensamos así. De hecho en el tema de la homosexualidad nos ubicamos en el extremo más opuesto a Grecia², nuestra

¹ En esto, como en muchas otras cosas, la filosofía de Occidente sigue a la originaria filosofía griega. Los griegos, sabiamente, distinguían la *dóxa*, que es mera opinión, de la *episteme*, el conocimiento fundamentado.

² Un ejemplo clarísimo es el rechazo que ha causado la ley de sociedades de convivencia. Dicha ley propone proteger a las personas que deciden convivir para que puedan disfrutar, por ejemplo, del mismo seguro de gastos médicos. Puede tratarse de dos amigas viejas y solas, o de dos jóvenes amantes hetero u homosexuales, o de un grupo de viejos retirados, pero ¿qué escuchan los homofóbicos? No escuchan “ley de sociedades de convivencia”; escuchan “ley para amparar a los homosexuales” y se rasgan las vestiduras. Y sin embargo, aun una ley que amparara exclusivamente homosexuales, hubiera sido respetada por aquella magnífica civilización que fue la cuna de todas las artes y ciencias: Grecia. Hoy en día, tenemos otra moral: cambió a través del tiempo.

sociedad padece una homofobia radical, y lo que hace 2500 años era “bueno”, ahora es “malo”.

Tenemos pues que las morales son las costumbres, y como tales, cambian. A lo largo de la historia existen tanto teorías morales como prácticas morales, de manera que la diferencia entre ética y moral no es la misma que existe entre teoría y práctica³. La teoría moral se caracteriza por la pretensión de justificar una serie de dogmas que, como tales, son considerados como incuestionables. De ahí que la moral parta de ciertos presupuestos que no está dispuesta a cuestionar, y en ese sentido toda teoría moral posee respuestas antes de formular sus preguntas⁴. Por su parte, en la práctica moral puede verse la relación del individuo con una moral y juzgarla como moralmente buena o moralmente mala. Esto es: “moral” no es sinónimo de “bueno”, sino que denota que una acción puede ser juzgada como moralmente buena o moralmente mala, de acuerdo a la moral vigente.

¿Por qué surge la moral? Nietzsche ha insistido en que la moral surge como una imposición de un cierto grupo social frente a otro. Un grupo, al tener una posición de mayor fuerza, impone sus valores y su forma de concebir la vida a los demás. De esta manera, el que nace no decide qué valores va a tener: los encuentra de hecho en su sociedad, y si quiere integrarse a ella, debe simplemente seguirlos.

Por lo anterior, el individuo moral pierde de vista que la capacidad de crear valores es una prerrogativa humana, y con ello reduce y deprime su propia capacidad para autorregularse. Se entrega sin cuestionamiento a normas impuestas como absolutas por

³ De la misma manera, existe el ámbito de la teoría ética y el de las acciones éticas. Y sin embargo para el teórico de la ética resulta difícil separar estos dos ámbitos, porque en la ética el sujeto que estudia y el objeto de estudio son uno y el mismo: la propia interioridad espiritual.

⁴ Esa, podemos decir, es la actitud más antifilosófica que existe: la filosofía se distingue por ser una aventura del pensamiento. Nos lanzamos a pensar en la desnudez del alma, en la más auténtica pobreza espiritual. “Solo sé que al saber de mi propia ignorancia y aceptarla –decía Sócrates- soy más sabio que aquellos que creen que saben lo que realmente desconocen”. La filosofía más que certezas tiene preguntas, y elabora constantemente ensayos de respuesta.

una sociedad, una religión o una institución, y es calificado como un individuo "moralmente bueno" por su sociedad. Así, el "buen hombre" que sigue las normas establecidas sin cuestionarlas, o la beata que no olvida uno sólo de los mandamientos impuestos por la religión, son personas que tienen y siguen una moral: siguen una serie de códigos, que vienen impuestos desde el exterior, no desde su interior.

Lo que le faltaría a este tipo de personas "moralmente buenas", es algo que sólo puede provenir del interior del individuo: la convicción que brota del autocuestionamiento, la deliberación libre y auténtica, y por supuesto, la libre elección. Esto sólo puede existir cuando se ejerce la capacidad humana de pensar, de detenerse antes de actuar, antes de seguir una norma y preguntarse ¿por qué hago esto? ¿por qué "debo" hacerlo? ¿estoy actuando por convicción, por conveniencia, o por inercia? Es en esos momentos en los que se interpone una mediación reflexiva entre el individuo y la norma. La relación con la norma ya no es inmediata: se encuentra mediada por la reflexión, por las capacidades críticas del individuo. Aquí es cuando surge la ética: cuando se deja de seguir sin cuestionamiento alguno las normas que la sociedad, el partido, el Estado, la iglesia, o en general el mundo exterior impone.

En ese sentido es que decimos que la ética es el pensamiento filosófico sobre lo moral. La acción ética -a diferencia de la acción moral- implica una reflexión, una interiorización, pero implica por lo mismo la valentía necesaria para la autenticidad. La moral no exige tanto; sólo exige cumplimiento. La ética demanda el valor necesario para enfrentar la moral, requiere individuos capaces de romper con ella y crear algo nuevo, esto es: requiere valentía para ser libres, libres no solo "de", sino ante todo, libres "para": para comprometerse con la creación propia, con los valores propios. Por lo anterior resulta evidente que en la práctica médica no es lo mismo ser ético que ser moral. Un médico moralmente "bueno" será el que se apegue a las normas aceptada e

impuestas por su sociedad, mientras que un médico ético, tendrá que ir más allá de esas normas para actuar de acuerdo con su propia conciencia ética.

Para el médico que actúa moralmente, entre él y sus actos hay un paso inmediato; más que pensar, obedece un cierto código. En cambio entre el médico ético y sus actos existe el cuestionamiento, la deliberación y la elección responsable y libre. Dicho en palabras de Kant, la moral es heterónoma; en ella el individuo sigue múltiples normas exteriores sin cuestionarlas, mientras que la ética es autónoma; el individuo éticamente bueno es aquel que ha llegado por sus propias capacidades a crear sus propios valores, y se impone a sí mismo una ley autónoma tomando en cuenta las limitantes de toda acción⁵.

Mucha tinta ha corrido desde hace 2400 años, sobre la manera de plantear y tratar los problemas éticos. Pero ya Platón dejaba en claro tres cuestiones fundamentales que requiere la ética para ser tal: 1) Deliberar la cuestión por medio de la razón, y no de sentimientos 2) Pensar por cuenta propia sin hacer caso de lo que diga la mayoría 3) No ser nunca injustos. Parece, pues, que la esencia de la ética estriba en el ejercicio de la capacidad de pensar: *sapere aude*, diría Kant: atrévete a saber, atrévete a pensar por ti mismo.

Ahora bien: ¿para qué ser éticos si podemos ser morales? Y ¿cómo lograr ser individuos éticos? La respuesta a estas dos cuestiones se encuentra escondida detrás de los significados que históricamente ha tenido la palabra *eethos*, de donde viene nuestra palabra “ética”. Ya para los tiempos de Aristóteles, ésta tenía su historia. Pero nosotros tendremos que ir más allá del mismo Aristóteles para comprender a fondo el vocablo. Vayamos a los textos homéricos. Es Heidegger quien ha resaltado el hecho de que en Homero el vocablo *eethos*⁶ aparece como la “guarida” de los animales, como el lugar en

⁵ En el caso de Kant, la limitante de toda acción será la aceptación de que todo ser racional merece respeto, y no puede ser tratado únicamente como un medio, ya que es un fin en sí mismo. Cf. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.

⁶ Nótese que el vocablo *eethos* aparece aquí con una doble “e”; como veremos, esto resultará fundamental en el devenir de esta palabra.

donde el animal se salva de las inclemencias del tiempo o de sus predadores. El *eethos-guarida*, diría yo, es el hábitat más propio del animal, en donde éste se siente más seguro. Retengamos ese sentido de la palabra *eethos*, el más viejo, el más originario, y prosigamos el recorrido histórico.

Con el tiempo, el sentido de la palabra *eethos* cambió, y se comenzó a usar la palabra *ethos*⁷ con una sola vocal simple. Esto sucede después de la escritura de los textos homéricos, y ese momento responde a un cambio en el significado: ya no significará “guarida o hábitat”, sino “costumbre o hábito”. Y el que insista en introducir una familia de palabras no es cuestión baladí: hábitat y hábito (al igual que sus predecesoras *eethos* y *ethos*) son palabras que pertenecen a una familia de significados, y cuando se nos presenta una familia de significados, tenemos que estar en guardia; las relaciones entre las palabras nos hablan de relaciones entre los hechos.

Aristóteles nos cuenta cómo finalmente esta palabra, *ethos*, que quería decir costumbre o hábito, con el tiempo volvió a cambiar. Se flexionó nuevamente la vocal, se volvió a escribir con vocal doble, pero no regresó al significado originario de “guarida”, sino que comenzó a significar “carácter”: carácter moral. Este cambio nos indica, según Aristóteles, que el carácter moral tiene de hecho algo que ver con el hábito o costumbre: que el carácter se adquiere o se conquista por medio del hábito o, para decirlo con palabras de hoy, por medio de la disciplina. De hecho, podemos decir que el carácter moral se *adquiere*, sin darse cuenta a veces, por medio de las costumbres, y el carácter ético se *conquista*, con muchos esfuerzos, por medio de las costumbres.

Recapitulemos:

El primer significado de *eethos* homérico es guarida o hábitat.

El segundo significado de *ethos* posthomérico es costumbre o hábito.

⁷ Nótese que ahora el vocablo se ha transformado: ha sustituido una vocal doble por una sencilla: ya no es *eethos* sino *ethos*. El cambio de vocales no es finura filológica: responde a un cambio en el significado de las palabras que resultará fundamental.

El tercer significado de *eethos* aristotélico es carácter ético o moral.

Preguntémonos ahora ¿qué nos dice esta familia de significados? ¿En qué sentido la ética puede ser para nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI,

una guarida,

una costumbre

o un carácter ético o moral?

Diré que, desde mi perspectiva, el significado de *eethos-guarida* resuena en la ética de hoy; la ética puede ser en efecto nuestra guarida, nuestra salvación. ¿De quién o de qué nos salvamos en la ética? Nos salvamos en más de un sentido. Primeramente, la ética nos salva de la corrupción del alma. Sócrates, el padre de la ética, enseñó con su muerte que es peor cometer el mal que recibirlo: el verdadero mal es aquel que nosotros hacemos, no el que se hace contra nuestra. Porque el mal que nosotros hacemos daña nuestra psiqué, que para Sócrates es la verdadera identidad del ser humano⁸; es lo que somos. Por eso es peor dañar que ser dañado, y la ética nos salva de dañar, de cometer el mal; la ética nos salva de nosotros mismos, de nuestra propia ambición o mezquindad, de nuestras propias debilidades humanas: nos salva de caer, porque es menos malo –dirá Sócrates en su Apología- ser alcanzados por la muerte que ser alcanzados por el mal. Hay algo más valioso que la vida: la vida digna, la vida buena.

Pero también la ética es guarida por salvarnos de las inclemencias de la moral. Nacemos en una sociedad con una moral que nosotros no elegimos. Hay otros que la han elegido, y vivimos la vida con una mirada prestada, tomada de otros; valoramos como “uno” valora, pensamos como “uno” piensa, y vivimos como “uno” vive. Así, pronto aprendemos que uno no dice esas cosas en público, uno no hace tal o cual cosa, uno

⁸ Cabe resaltar que, como lo ha notado Werner Jaeger, antes de Sócrates los valores fundamentales del pueblo griego eran la salud física, la belleza del cuerpo, el dinero y la juventud compartida con amigos. Sócrates antepone a esos valores, por primera vez en la historia de Occidente, el valor de la psiqué, que acaso pudiéramos traducir como “alma pensante” o psique. Cf. Werner Jaeger, *Paideia*. Existe traducción al español en el Fondo de Cultura Económica.

debe obedecer. La ética nos salva de ser “uno” más del montón de borreguitos buenos, y nos lleva a pensar por cuenta propia, para seguir normas propias: la ética nos salva de la moral. Es necesario estar dispuestos a ser inmorales, si se quiere ser ético. Sócrates fue un inmoral; por eso lo condenaron a muerte; no es raro encontrar individuos éticamente auténticos, que sean inmorales para la sociedad, pero lo más usual es encontrar aquellos que siendo moralmente “buenos”, son personas sin ninguna ética personal, que siguen ciertas normas “por encimita” sólo para cubrir el expediente.

Para el individuo ético, sea éste médico o de cualquier otra profesión, el compromiso adquirido es muy superior a aquel que adquiere un agente moral. Ante una falla moral el individuo puede decir: “es que yo no inventé esa norma, y me resulta muy difícil”. Pero ante una falla ética, el individuo falla ante sí mismo: “yo me comprometí a esto, y me he fallado a mí mismo”: eso sí duele. El compromiso ético es más fuerte, más demandante y más doloroso en caso de fallar. ¿Por qué y para qué buscarlo entonces? ¿Para qué lanzarse a las inclemencias de la ética si se puede estar tan a gusto en la moral? La moral nos hace sentir en casa, y nos brinda el calor humano. La ética nos lanza a la soledad y nos hace más difícil encontrar comprensión. Pero quizá el móvil hacia la ética sea el mismo que aquel que nos lleva al resto de la filosofía: un cierto anhelo de verdad, el amor al pensamiento libre y a la libertad de acción: eso es lo que nos hace ser propiamente humanos. Y eso perdemos al ser morales: la moral nos lleva a seguir normas ajenas, creadas por otros, y a no tener el valor de cuestionarlas ni de pensar por cuenta propia. Y eso es peligroso. Un ejemplo del peligro inherente a la moral lo encontramos, en la aplicación del siguiente precepto moral, comúnmente aceptado: “Debes cumplir con tus promesas”. Pero si el individuo se da cuenta de que arruinará su vida y la de otros por cumplir una promesa, ¿debe cumplirla? Otro ejemplo: “No mentirás”. Pero si mentir hace sufrir menos a alguien y no daña a nadie, ¿no debiéramos mentir? Romper con una norma moral implica ser inmoral; quien miente o no cumple

una promesa es inmoral; pero hay ocasiones en que uno debe ser inmoral en pos de un principio superior; un principio ético. A Hegel le gustaba poner como ejemplo de esto a Antígona: ella rompe las leyes de su ciudad por seguir una ley superior: la ley del amor. Si lo pensamos, encontraremos miles de ejemplos del peligro inherente a la moral. Nietzsche hablaba de la necesidad de una ética prometeica: una ética sacrílega, capaz de quebrantar las normas impuestas por los mismos dioses, por amor al crecimiento de la vida⁹.

Creería yo que con estas reflexiones, surgidas en torno a la ética como guarida, he contestado parcialmente la pregunta por el “para qué” de la ética, esto es: ¿para qué ser éticos y no morales?: Para vivir en la propia casa; para vivir la vida de manera más propia, auténtica, más comprometida y más vital. Pero, ¿cómo hacerlo? La respuesta la encontramos en el paso que da Aristóteles al hablar del *ethos*-costumbre y su transformación al *eethos*-carácter. Las costumbres o hábitos, nos dice este pensador, se van incorporando a nuestro propio ser. En ese sentido el ser humano está en constante cambio, y nuestro destino se teje con base en las costumbres que elegimos: nuestro carácter traza nuestro destino¹⁰. Como dijo el poeta, cada quien es el arquitecto de su propio destino. Si elegimos costumbres injustas, actuaremos de manera injusta, y esas acciones no serán algo aislado que quede ahí: ellas se incorporan a nuestro ser. Una acción injusta pasa a ser parte del ser que la realiza, y si a ella se suma otra, y otra más, entonces “acciones semejantes –dice Aristóteles- llaman a hábitos semejantes”¹¹: el individuo tendrá el hábito de la injusticia. Y una vez que se tiene ese hábito, al cobijarlo en el propio ser, pronto éste deviene en carácter, en el anterior ejemplo, un carácter

⁹ Recordemos que Prometeo peca contra los dioses porque amaba a unas desvalidas criaturas, a las cuales les ofrece el fuego robado a los dioses, dando con ello origen a la civilización humana.

¹⁰ Es por ello sumamente significativo un fragmento de Heráclito de Éfeso, el pensador presocrático más importante para la ética: *ethos antropos daimon*: el carácter es el destino del hombre. Heráclito nunca diría “infancia es destino”, sino: “carácter es destino”.

¹¹ Aristóteles. *Ética Nicomaquea*.

injusto. Por eso es importante elegir correctamente los hábitos: en ellos radica esa forma de ser adquirida, esa segunda naturaleza que Aristóteles llama carácter.

Cualquier persona, pues, tiene un *ethos*-carácter. Pero podemos decir que es un carácter ético sólo cuando éste ha sido conformado de manera activa, deliberativa y libre; cuando el individuo ha elegido conscientemente su propio ser; de otra manera se trata de un carácter moral. Y aquí viene muy al caso aquella bella metáfora del pensador renacentista Pico de la Mirandola que nos relata la creación del mundo. Pico habla de cómo cada ser creado acudía a Dios, para que Él le otorgase una cierta forma de ser: Dios le daba su ser a cada ente. Al ave le decía: tú volarás, y harás tal y cual cosa. Al pez; tú nadarás, y vivirás de tal forma. Y cuando se acercó el turno del ser humano, Dios le dio el más bello regalo: no le dio nada; no le dio ser. Le dejó en libertad de adquirirlo, y le dijo más o menos esto:

“No te daré una forma, ni una función específica. Por tal motivo, tú tendrás la forma y función que desees. La naturaleza de las demás criaturas, la he dado de acuerdo constreñida a mi deseo. Pero tú no tendrás límites. Tú definirás tus propias limitantes, de acuerdo a tu libre albedrío... No te he hecho ni mortal, ni inmortal. Ni de la tierra, ni del cielo. *De tal manera, que tú podrás transformarte a ti mismo, en lo que desees. Podrás descender a la forma más baja de existencia, como si fueras una bestia. O podrás en cambio, renacer mas allá del juicio de tu propia alma, entre los más altos espíritus, y serás como los Dioses.*”¹²

Esto es: el regalo de Dios al ser humano, fue su libertad, y con ello la más alta dignidad. Es ésta una bella metáfora de lo que el ser humano es: no es nada, no es; deviene, llega a ser a lo largo de su vida. Llega a ser Gandhi o Hitler, Beethoven o un asesino, un

¹² Pico de la Mirandola. *Discurso sobre la dignidad humana*.

amante de la vida o un suicida. El pensamiento ético es una invitación a elegir nuestro ser, a dejar de obedecer o funcionar como autómatas y comenzar a pensar y elegir. Por eso la libertad es la esencia de la ética. La moral no puede llevarse a cabo con individuos libres; requiere simples seguidores. La ética no puede realizarse con simples seguidores: requiere individuos libres.

Un médico que prefiera actuar moralmente, tan sólo debe de seguir al pie de la letra un código moral; la moral entrega “a las puertas de su casa” un lindo paquete con diez mandamientos y una nota que dice: “La cosa es sencilla; sígalos y nunca los cuestione”. En contraste con ello, un médico que actúe éticamente, tendrá la vida considerablemente más complicada. Porque la ética no entrega nada, nos deja inmersos en un mar de dudas que demandan cuestionamiento y honestidad, y requiere de mucho valor para enfrentar lo establecido, lo cual puede llagar a costar muy caro, como le ha pasado a todos “los Sócrates” que al retar la moral de su época encontraron la muerte¹³. Por poner un ejemplo, un médico ético puede optar por llevar a cabo un aborto por salvar la vida de una mujer, a pesar de que la iglesia lo prohíba. Y en ese sentido la ética puede darle al médico las armas para llevar a cabo su labor y sus obligaciones de manera más auténtica y con menos prejuicios morales. Porque la ética es el único ámbito en el que ejercemos la auténtica libertad y responsabilidad: vale la pena ser inmorales, si a cambio se logra ser éticos. Encontramos aquí la paradoja final: un médico puede ser inmoral y ético a la vez. Porque sus acciones pueden no coincidir con los valores impuestos por la sociedad, y sin embargo responder a principios más elevados. Y en ese sentido, la inmoralidad puede ser una gran virtud. Que sea propia y no prestada la mirada con la que vemos el mundo, la forma en que lo valoramos, la manera en que vivimos y convivimos, y la

¹³ No podremos ya entrar en detalles al respecto, pero *grosso modo* digamos que la moral, al ser gregaria, es fundamento de la cohesión política; cuestionarla es poner en peligro la *pólis*. Cf. Luri Medrano *El proceso de Sócrates*, Valladolid, Editorial Trotta 1998.

forma en que asumimos nuestras responsabilidades, todo ello es el objetivo fundamental de la ética.

Ahora bien; si hemos de hablar más concretamente de Ética profesional, podríamos comenzar por decir que no es lo mismo una correcta moral profesional que una ética profesional. Aquel que puede considerarse como una persona moralmente correcta en el ámbito profesional, no necesariamente tiene una ética propia. El que sigue la moral usual de su profesión, simplemente sigue el camino que se espera que siga. Y eso ya es bueno, si nos ponemos a pensar que ya con ello está cumpliendo con un código de normas en pro de su profesión. Pero el que quiere tener una ética profesional, tiene que tener un compromiso aún más fuerte: el de pensar y actuar siempre con honestidad para con sus propios compromisos y valores. Pero precisamente ahí se encuentra la diferencia entre ser un profesionalista moralmente correcto y ser un profesionalista ético: aquel que lleva a cabo su profesión de manera ética, no se conformará con simplemente apegarse a los valores establecidos: buscará siempre pensar y reflexionar, para cada caso concreto, cuál es su deber. Y llevará a cabo su deber aún si éste contradice aquello que se acepta como lo moralmente correcto.

Es evidente, pues, que la ética profesional conlleva un reto mucho más arduo que aquel propio del ámbito moral: el reto de no dejarse llevar por lo establecido, pero a la vez el reto de no actuar por mera conveniencia, sino con fidelidad absoluta a uno mismo y a los propios principios éticos. Aquel que actúe con apego a una ética profesional, buscará en cada momento en que su conciencia se lo demande, analizar a fondo el código moral que le rige, con la única finalidad de ser siempre justo. Comprenderá que el apego excesivo a la ley, puede conllevar injusticia, como sucede por ejemplo en el caso en que Victor Hugo pinta en la figura de Jean Valjean en *Los miserables*. Cuando Jan Valjean es juzgado por haber robado una hogaza de pan, el juez en efecto está actuando de manera correcta desde el punto de vista de la moral establecida, que dice, simplemente,

que no hay que robar. Valjean es condenado por robar porque se le aplica el código moral sin reflexión alguna. ¿Qué hubiera tenido que hacer el juez para ser un sujeto ético, en lugar de un sujeto moral? Pues no aplicar la norma tal y como estaba escrita, sino aplicarla siempre acompañada de una reflexión propia, con honestidad y con sentido común, esto es: de una reflexión ética. No es lo mismo el robo en casos como el de Elron, que el robo en el caso de Jean Valjean. Y no lo es porque en uno, el individuo roba porque es orillado a ello de una manera absoluta: desempleado, no tiene forma de mantener viva a su familia, y roba para darles un poco de pan. Si como sociedad tuviéramos un poco de vergüenza, a un individuo que robase en tales condiciones no sólo no habría que castigarlo, sino que habría que ofrecerle dos cosas: una disculpa y un empleo. Existen muchos Valjeans que nunca robarían si pudieran ganarse la vida, y existen muchos hombres de blancas camisas almidonadas que en la situación de Jean Valjean, lo harían y serían aún pero que el pobre Valjean. El que roba por hambre habla de un síntoma de falta de vergüenza en una sociedad, habla de una sociedad capaz de ser indiferente ante el hambre y la penuria ajena. “Robos” así, más que avergonzar al que roba, debería avergonzar al robado: y lo supo Victor Hugo y lo dejó plasmado en esa misma obra, en el personaje del sacerdote que regala más de lo robado al ladrón y le libra con ello de caer en manos de la policía. Y es ese acto, el que cambia la vida de Jean Valjean: no el castigo ni la cárcel, sino la solidaridad y el arrepentimiento del que tiene más que él, ante su penuria. Qué diferente es ese “robo” frente al caso Elron, y frente a tantas otras formas sutiles y socialmente aceptadas de robar. “El pan que te sobra le pertenece al que no tiene que comer”, diría Tomás de Aquino. Si eso es verdad, ¿qué debemos pensar los que conservamos el pan y muchas más posesiones que nos sobran, frente a miles de mexicanos que viven en la penuria más extrema? La cárcel, fue la respuesta *moral* a Valjean. Una disculpa y un empleo: esa podría ser una respuesta *ética* a Valjean.

Y sin embargo se me dirá que las leyes morales que rigen la contaduría y la administración de una institución, están ahí para proteger dicha institución. Y esto es así, en efecto. Pero el individuo que las aplica, por ser racional, puede aplicar esas leyes de manera crítica y no únicamente con apego a la ley moral institucional, sino con apego a la ley moral interior, que no es otra cosa que la ética. En la tumba de Kant está escrita una frase de él mismo que dice: “dos cosas yo venero por encima de todo: el cielo estrellado fuera de mi, y la ley moral en mi interior”. El cielo estrellado y la ley moral indican dos ámbitos fundamentales, que son la naturaleza del Universo y la naturaleza humana. El Universo sigue su curso, y tiene sus causas. Pero en él, sólo el ser humano es capaz de ser libre, es capaz de detenerse antes de actuar y cuestionarse: eso es ser ético. Pero eso es también lo que nos hace ser humanos: la capacidad de pensar. Por ello la vida ética es la vida que nos lleva a ser verdaderos seres humanos. Ser ético es ser un ser humano en plenitud.